

su lengua de ellos, deteniéndome en cada mandamiento algún espacio, y acabados los mandamientos híceles una amonestación en su lengua de ellos, declarándoles qué cosa es paraíso y qué cosa es infierno, y diciéndoles cuáles van á una parte y cuáles á otra. Después de acabada esta plática, levantáronse todos los braçmanes y me dieron grandes abrazos, diciéndome que verdaderamente el Dios de los cristianos es verdadero Dios, pues sus mandamientos son tan conformes á toda razón natural.... A todas las preguntas que me hicieron les satisfice á su parecer de ellos. Y cuando con ellos venía á conclusión, para que se hiciesen cristianos, pues conocían la verdad, respondían lo que muchos entre nosotros suelen responder: «¿Qué dirá el mundo de nosotros, si esta mudanza de estados hacemos en nuestro modo de vivir?»; y otras tentaciones en pensar que les ha de faltar lo necesario» (1).

13. Cualquier género de ministerios que ejercitase el santo, recibía una fuerza increíble del celo pasmoso con que lo ejercitaba. El celo de San Francisco Javier ha quedado en proverbio en la Iglesia de Dios. Cuál fuera el ardor de este celo, se puede colegir por algunos desahogos que hallamos en sus cartas. En la que citamos arriba, de 12 de Enero de 1544, interrumpe la narración con estas palabras: «Muchas veces me mueven pensamientos de ir á los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente á la universidad de París, diciendo en Sorbona á los que tienen más letras que voluntad para disponerse á fructificar con ellas: ¡Cuántas ánimas dejan de ir á la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!....

»Estuve casi movido de escribir á la universidad de París, á lo menos á nuestro Maestro de Cornibus y al Dr. Picardo, cuántos mil millares de gentiles se harían cristianos, si hubiese operarios, para que fuesen solícitos de buscar y favorecer las personas, *qui non quaerunt quae sua sunt, sed quae Jesu Christi*» (2).

Este celo agitaba continuamente en la cabeza de Javier pensamientos altos, planes grandiosos, que tal vez no se realizaban. Apenas había llegado al Japón, cuando el 5 de Noviembre de 1549, escribiendo al gobernador de Malaca, Pedro de Silva, traza ya los planes para establecer las relaciones comerciales entre Japón y Portugal; pondera las ventajas, prevé los inconvenientes, dispone el modo de asegurar la predicación del Evangelio, y termina con estas frases:

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 379.—(2) *Ibid.*, p. 285.

«Grande confianza tengo que antes de dos años he de escribir á Vmd. como tenemos en Meaco un templo de Nuestra Señora, para que todos los que hubiesen de venir á Japón, entre las borrascas del mar puedan invocar á Nuestra Señora de Meaco» (1). Aun no tiene, que sepamos, la Madre de Dios esta advocación de *Nuestra Señora de Meaco*. ¡Deliciosa ilusión de aquel celo sublime de Javier! ¡Bien lejos estaba de prever los trabajos desastrosos que le esperaban en Meaco!

Para entender el empuje incontrastable del celo apostólico de Javier, queremos transcribir una reflexión del P. Valignano, quien, hallándose en las Indias y tocando con las manos las dificultades de aquellas misiones, escribe con muestras de visible asombro lo siguiente: «Cierto que es cosa de espanto considerar la grandeza de su corazón, pues á él solo parecían pocas y pequeñas todas estas empresas, las cuales á nosotros ahora, que pasamos de trescientos de la Compañía, nos parecen tantas y tan grandes, que nos hacen muchas veces temer y dudar si las hemos de poder llevar adelante. Tanto puede en un corazón humano el estar vacío de amor propio y de toda confianza en sí, y lleno de confianza y amor de Dios, como el P. Francisco lo tenía; por lo cual Nuestro Señor le tenía tan ensanchado el corazón, que era capaz para meter en él á todo el mundo, pareciéndole posible y fácil la conversión de todo él» (2).

14. Pero ni el celo de Javier, ni su trato de gentes, ni su valor indomable, ni todos los talentos del mundo, explican suficientemente el éxito prodigioso de su predicación. Era indispensable el auxilio sobrenatural de los milagros. Nadie los hizo más estupendos. El dón de lenguas lo poseyó en un grado singular. Oigamos á Urbano VIII en la bula de su canonización: «Los milagros y prodigios con que Dios confirmó la predicación de sus Apóstoles en los principios de la Iglesia, los renovó misericordiosamente en las manos de su siervo Francisco para el incremento de nuevas cristiandades. Porque súbitamente enseñado por Dios, habló con elocuencia en lenguas de gentes diversas y desconocidas, que nunca había visto, como si se hubiera educado en aquellos países; y sucedió alguna vez que, hablando él á pueblos de diversas naciones, cada uno le oía con asombro y estupor hablar en su lengua las maravillas de Dios» (3).

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 654.—(2) *Ibid.*, p. 139.—(3) «*Signa vero et prodigia, quibus Dominus Apostolorum suorum sermonem in nascentis Ecclesiae exordiis confirmavit, ad illius novae sobolis incrementum, in manu etiam servi sui Francisci misericorditer renovaverat. Subito enim a Deo diversarum ac incognitarum gentium linguas, quas non noverat, edoctus, disertissime, quasi in iisdem terris*

El espíritu de profecía lo poseyó en un grado eminente. Varios casos cita la bula de su canonización, y nosotros juzgamos inútil presentar ejemplos, pues basta abrir cualquiera vida del santo para encontrar en casi todas sus páginas alguna predicción de lo futuro ó algún conocimiento de los secretos del corazón.

El dón de milagros parecía haberse convertido en costumbre para el apóstol de las Indias. Muchas de sus biografías parecen un tejido de hechos prodigiosos, cuya repetición suele cansar á muchos lectores modernos. Sobre la excelencia de este dón en Javier haremos algunas observaciones. El género de milagros que más admira suele ser la resurrección de muertos. Todos saben la parsimonia con que Dios concede esta gracia aun á los santos más taumaturgos. Ahora bien: se mencionan hasta cincuenta y seis muertos resucitados por Javier, veinte de los cuales se refirieron en público consistorio delante de Gregorio XV.

Sobre este punto queremos citar unas palabras de San Juan Berchmans, escritas en Roma el año 1620, cuando se activaba la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier, que se realizó, como es sabido, el 12 de Marzo de 1622. «Por lo que concierne al Beato Francisco Javier, dice San Juan Berchmans, es maravillosa la devoción que se le tiene. Se le ha erigido ya un altar en la iglesia de la casa profesa. La multitud y grandeza de los milagros que hace llena de asombro á todo el mundo, y aun los mismos auditores de la Rota no acaban de maravillarse de tan estupendos prodigios. Yo mismo he oído al M. R. P. Mucio Vitelleschi afirmar con toda certeza delante de diez y ocho cardenales, que entre los milagros del Beato Francisco se cuentan veintitrés ó veinticuatro muertos resucitados, y que de los diez y siete se pueden alegar testimonios tan claros é irrecusables, que no cabe ni aun sombra de duda en este particular» (1).

15. ¿Cuántas almas convirtió á la fe San Francisco Javier? Imposible es averiguarlo con precisión. En la bula de canonización se dice que, además de corregir las costumbres depravadas de los cristianos en todo el Oriente, atrajo al Evangelio y bautizó *muchos centenares de miles* de infieles. Poco después añade la misma bula, que Dios concedió á Javier la bendición de Abraham, de ver multi-

*educatus esset, loquebatur; et acciderat quandoque, ut eum, ad diversarum nationum populos concionem habentem, unusqui-que eodem tempore lingua sua, in qua natus erat, magnalia Dei loquentem cum stupore et extasi audiret.» Institutum S. J., t. I, p. 159.*

(1) Cervós, *Vida de San Juan Berchmans*, l. III, c. VII.

plicados sus hijos en el espíritu como las estrellas del cielo y las arenas del mar. En la carta ya citada de 1544, dice Javier estas palabras: «Es tanta la multitud de los que se convierten á nuestra santa fe en esta tierra donde ando, que muchas veces acontece cansárseme los brazos de tanto bautizar, y hay día en que bautizo todo un lugar.» El P. Alonso Salmerón afirma que por cartas del mismo San Francisco Javier supo que tal vez bautizó en un solo día más de quince mil personas, hasta no poder levantar los brazos por el cansancio, y enronquecérsese la voz de tanto pronunciar la fórmula (1).

Adviértase que esta muchedumbre de conversiones ocurrió, principalmente, en el Indostán, pero no en el Japón, donde el número de los convertidos por Javier no pasó de algunos miles. La razón de esta diferencia la encontramos en el carácter mismo de aquellas naciones. El carácter japonés, como más duro y tenaz, se resistía más á la conversión; pero una vez recibida la fe, la conservaba con heroica firmeza. En el Indostán, los pueblos, como dotados de genio blando, recibían prontamente el Evangelio, pero fácilmente lo olvidaban. En razas de carácter dócil no suele ser lo más difícil la conversión á la fe. La dificultad está en conservar á los ya convertidos, en educarlos cristianamente, en quitarles las malas costumbres, en hacerles vivir conforme al Evangelio. Esto exige una aplicación y trabajo constante, pues si el misionero deja de estar encima, la misión se disuelve como la sal en el agua, y los bautizados vuelven á vivir como gentiles.

Ahora bien: este segundo trabajo no lo podía hacer San Francisco Javier por sí mismo; lo encomendaba á otros de la Compañía que iba colocando en las misiones que él fundaba. Su oficio era ir delante, abrir el camino; así es que convertía gentes, digámoslo así, para todos los demás, á los cuales entregaba los infieles convertidos. Javier es el tipo del misionero valiente y emprendedor, cual se requiere para los principios de las misiones apostólicas. Después, se necesitaba el misionero paciente, que, fijo y clavado en un sitio, per-

(1) «*Quomodo tam pauci sint baptizati eo tempore [apostolorum], cum unus ex fratribus nostris, singularis Dei servus, magnusque religionis ac pietatis cultor, dictus Franciscus Xavier, quem amoris ac benevolentiae gratia nominare volui, ad indos orientales a summo Pontifice destinatus, fidei christianae propagandae gratia, paucis annis supra quadringenta hominum millia baptismo intinxerit, et intendum uno die supra quidecim millia: usque adeo, ut et baptizanti brachia prae lassitudine non servirent, et vox toto die defatigata raucesceret in prolatione formae, ut ipse propriis litteris ad Nos scriptis significavit.» Alphonsi Salmeronis, Commentarii, t. XII, tract. 15.*

severa enseñando siempre las mismas verdades, repitiendo siempre las mismas faenas con un trabajo no menos molesto y meritorio. El modelo más acabado de este segundo género de misioneros nos lo dará en el siglo XVII otro español, el incomparable San Pedro Claver (1).

(1) Como ven nuestros lectores, nada nuevo añadimos á lo ya conocido en la vida de San Francisco Javier. Más que de añadir hemos cuidado de *suprimir* varios hechos que corren en las biografías del santo. Tratándose de una vida tan extraordinaria como la de Javier, y pasada en regiones tan remotas, la leyenda era inevitable, y, en efecto, no tardó en manifestarse. Ya en la segunda mitad del siglo XVI los PP. Texeira y Valignano, al censurar la vida de San Ignacio por el P. Ribadeneira, protestaron contra ciertos milagros atribuidos falsamente á Javier, y redujeron á sus debidos límites la grandeza de algunas misiones y empresas apostólicas. (Vide Roma, Archiv. di Stato, *Censurae librorum*, t. I, f. 20.) Pero estas censuras, ó no fueron creídas, ó fueron sepultadas muy pronto en el olvido. Los historiadores del siglo XVII continuaron exagerando lo brillante y milagroso, y en cambio dejaron en la oscuridad muchos padecimientos, que ilustraron de un modo singular aquella vida admirable. Entre las Vidas de santos, la del apóstol de las Indias es, indudablemente, una de las más leídas y menos estudiadas. Mucho deseamos que se presente algún historiador laborioso y de buen juicio, que, dejando á un lado las repeticiones tradicionales, y ateniéndose á los documentos primitivos, reconstruya con fidelidad y sin exageración la verdadera imagen de San Francisco Javier.

## CAPÍTULO XV

### LAÍNEZ Y SALMERÓN, MISIONEROS EN ITALIA

SUMARIO: 1. Láinez y Fabro trabajan apostólicamente en Parma en 1540.—2. Láinez pasa á Plasencia.—3. Desde principios de 1541 hasta mediado el 1542 reside en Roma.—4. Sus trabajos apostólicos en Padua, Venecia, Brescia y otras ciudades del Véneto.—5. En 1547 predica en Florencia, y al año siguiente arregla el negocio del colegio de Padua.—6. En 1549 va á Nápoles y Sicilia, y después al África.—7. Sus trabajos en Pisa y Génova.—8. El P. Salmerón enviado á Irlanda en 1542.—9. Sus trabajos en Módena, y después en Bolonia y Belluno.—10. Es enviado á Alemania, y en 1551 destinado á Nápoles.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*.—3. *Epistolae P. Láinez*.—4. *Epistolae P. Salmeron*.—5. *Carta de los PP. Broet y Salmerón*.—6. Polanco, *Historia S. J.*—7. *Epistolae mixtae*.—8. *Litterae quadrimestres*.—9. Roma, Archivio di Stato, *Censurae librorum*.—10. Ribadeneira, *Vida del P. Láinez*.

1. Mientras el apóstol de nuevas gentes extendía hasta los más remotos confines del mundo conocido la mayor gloria de Dios, otros españoles, hermanos suyos de religión, emulaban su celo en el centro de Europa, acreditando la Compañía á los ojos de los príncipes y de los pueblos. El más ilustre de estos operarios era, sin disputa, el P. Diego Láinez. El año 1539, cuando hubieron terminado en Roma las célebres deliberaciones que tuvieron nuestros primeros Padres para fundar la Compañía, Láinez y Fabro se encaminaron á Parma, á ruegos del cardenal de Santángelo, que debiendo gobernar aquella ciudad como legado apostólico, deseó llevar consigo dos obreros evangélicos tan fervorosos (1). Llegados á aquella ciudad por Julio, diéronse á conocer ambos Padres con algunas explicaciones oratorias de la Sagrada Escritura, que entonces se acostumbraba hacer en las iglesias al pueblo. Habiendo logrado cierta publicidad por este medio, empezaron á predicar sermones morales y á exhortar á los oyen-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 81.